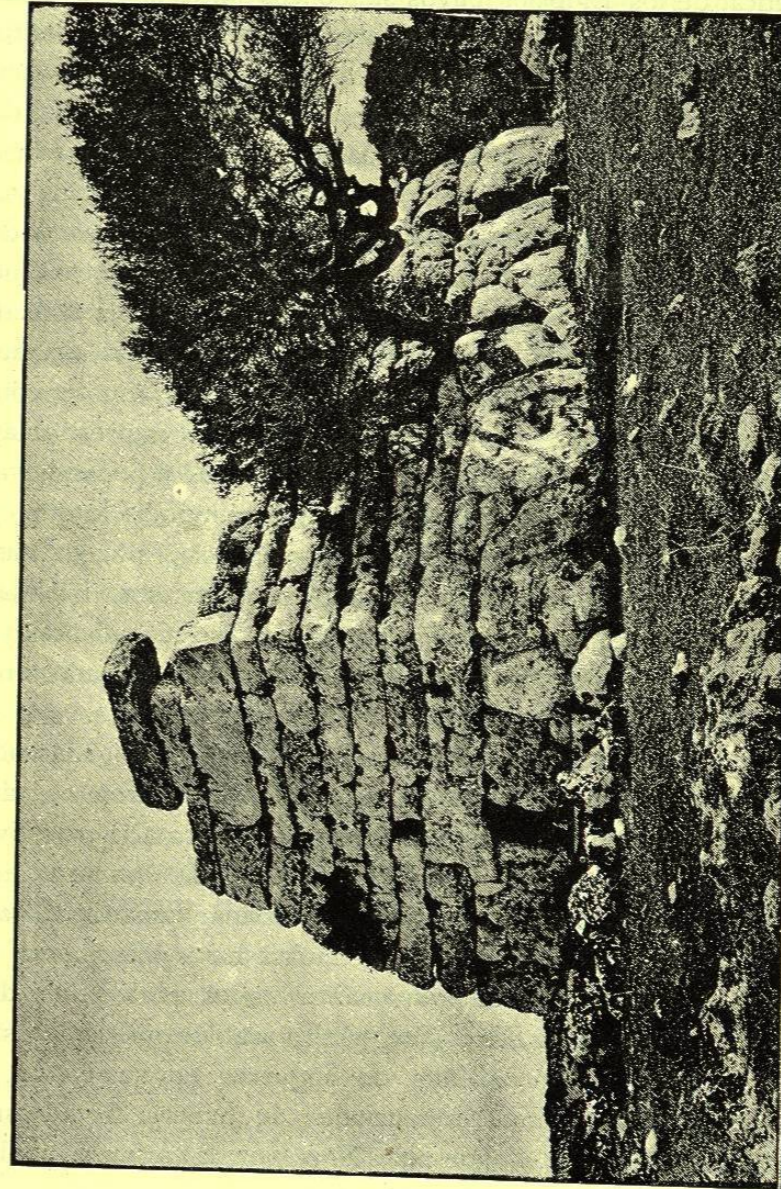


el grueso de las paredes reduce á un vacío no más de nueve palmos de longitud por mitad de anchura, una entrada estrecha y baja, poco digna de un templo de Isis, que no falta quien se lo adjudique como á protectora de la navegación. No há muchos años se hundió el techo que figuraba la carena; las raíces de los olivos amenazan desmoronar los costados. Entre las naos conocidas más tarde, el interior de la de *Son Mercer* se sostiene de proa á popa sobre una hilera de pilares: las restantes no ofrecen sino ruinas. Este género, á juicio de algunos el más adecuado para usos religiosos, lo coloca resueltamente entre las construcciones fúnebres Cartailhac. De anfiteatro alcanzó Ramis algunos restos en *Albranca*.

Tantos y tales monumentos, mudos de letras y de geroglíficos, nada determinado dicen de la época, del pueblo, de las instituciones, de las costumbres que alcanzaron. Los Pelasgos y Tirrenos por un lado, los Celtas é Iberos por otro, fuese de levante á poniente ó de poniente á levante el movimiento de inmigración, y si alguna raza aborígena anterior á éstas pobló las islas, inventando la honda inmemorial que vinculó en los Baleares la fama de diestros tiradores, no tuvieron fisonomía tan peculiar y rasgos tan diversos, que por ellos podamos venir en conocimiento de sus primeros habitantes. Por salvajes empezaron todos ó poco menos: las naciones se parecen unas á otras en el período de la infancia; y ciertas singularidades con que pretendieron caracterizarlas, sin conocerlas más que á sobrada distancia de lugar y tiempo, los cosmógrafos y literatos del Imperio, no más infalibles con toda su celebridad que los viajeros del día, no vienen á probar en ocasiones dadas identidad de origen, sino identidad de barbarie coetánea en países apartados. ¿Es por otra parte bastante seguro que la religión, la cultura, el sistema de vivir, que en embrión se desprenden de aquellas piedras, no sea más bien el de los pueblos expedicionarios ó colonizadores que importaron más tarde á las yermas costas sus armas ó sus mercancías, de los Fenicios por ejemplo que tantas medallas de-



ISLAS BALEARES

MENORCA.—NAVE DELS TUDONS

ramaron en el suelo menorquín de paso para sus emporios de la Bética, de los Egipcios cuyos simbólicos mitos y personajes dejaron tantas huellas en la prehistoria insular desde Osiris hasta Boccoris, de los Rodios que cita Estrabón establecidos en las Gimnesias ó Baleares á su regreso del sitio de Troya, de los Griegos en general de cuyas relaciones con las mismas descubría San Jerónimo claros indicios en el helenismo de sus varios epítetos? De esta amalgama de gentes, de esta sucesión de dominaciones, de cuándo acontecieron, de cuánto duraron, no hay relación, no hay cronología averiguada: la vista por defecto de ambiente no gradúa bien las distancias; las huellas, acumuladas y sobrepuestas en el camino por tanto transeunte, confúndense y no siempre denotan qué planta las ha impreso. Hay además que, á pesar de la ventaja que en luces y poder llevarán los sobrevivientes á los pasados, se les imponía lo que en pie encontraban, tal era su calibre, y permanecían por su mismo peso las moles, y á las tradicionales prácticas y viviendas amoldábanse las generaciones sucesivas, incluso las súbditas ya de Roma, cuyas monedas y utensilios brotan aún del rudo seno de los *Talayots*.

De las denominaciones, griegas y fenicias, agregadas por vía de elogios ó dictados al nombre propio de Baleares (a), participó siempre con Mallorca su vecina: en cuanto á la privativa de *Nura* que á la menor aplica el *itinerario de Antonino*, entrada ya en su tercera centuria la era cristiana, llamando *Clumba* (tal vez *Columba*) á la mayor, tendría hartó más fuerza, si sonara con anterioridad de unos cuantos siglos, para poder deducir de la raíz caldea *Nur* (fuego) el vocablo, que se presta á imaginarla de noche rodeada de hogueras en sus costas, y aun para fundar legítimas pretensiones de haberlo llevado sus habitantes á Cerdeña, donde pasa Nora por la primera pobla-

(a) *Gimnesias*, *Afrodiasias*, *Cheradas* y otras de raro uso en la antigüedad y de dudosa referencia, que han entretenido los ocios de los etimologistas.

ción y Nórax por caudillo de los pobladores y *Nuraghe* se apellidan sus monumentos perfeccionados respecto de los menorquines (a). En este caso no se habría quedado atrás Menorca en tener también poblaciones ella que en extraño suelo las fundaba, y debieran remontarse á mayor antigüedad las tres que se le reconocen, situadas al lado de sus principales puertos á modo de colonias ribereñas, con el fin de atraer y civilizar á los bravíos indígenas del interior al paso que de llamar con el tráfico á las naves extranjeras. Tal vez preexistieron con otros nombres á los ilustres adalides cartagineses, de quienes lo tomaron más tarde por lisonja ó por imposición lo recibieron, Magón y Hamnón, bien poco discrepante del de Jamnona ó Jama que llevó Ciudadela (b); pero entre la multitud de gobernadores así llamados y durante las prolijas vicisitudes de hostilidad y dependencia en que se halló el país con la república africana, no es fácil averiguar por cuál de ellos y en qué tiempo precisamente empezaron á denominarse de esta suerte.

Cartago, nacida poco más de un siglo antes que Roma, puso los ojos apenas adulta desde las playas Líbicas en las islas Baleares, é intentó hacer con ellas otro tanto que con Ibiza sometiéndolas á su poder; pero abrumados de un granizo de piedras reembarcáronse de prisa los que no quedaron tendidos en el campo. Las tentativas se repitieron á grandes intervalos con igual escarmiento, sostenidos acaso en su lucha contra las escuadras Púnicas los indómitos naturales por los celos mercantiles de los Rodios ú otros Griegos del litoral, temerosos de insostenible competencia. Pasaron dos siglos y medio antes de que, desalojados por fuerza ó por maña los establecimientos

(a) Recuérdese lo dicho atrás por Píerrer, pág. 1082.

(b) Mucha diversidad presentan respecto de este nombre los códices de Plinio, escribiendo unos Jama, otros Jamnón que viene á ser Hamnón aspirada la H, y algunos hasta Labón; en otros escritores de la antigüedad y en la carta del obispo Severo se advierten análogas variantes. A los dos pueblos mencionados añade Plinio un tercero que denomina Sanicera, y se reduce comunmente á las inmediaciones del puerto de Sanitja que el cronista Marsilio titula Serrehina.

rivales, sentaran el pie en el codiciado suelo los astutos descendientes de los Fenicios, cuyas artes superaban, ganándose las voluntades hasta el punto de consentírseles erigir pueblos y fortalezas. El objeto, no obstante, que en su nueva posesión cifraba Cartago, no fué principalmente el dominio ni el comercio, sino el reclutamiento de ligeros combatientes, cuya arma distintiva tan agreste había aprendido á temer con daño propio: llevólos de pronto á Sicilia mezclados con sus huestes para vengar la perfidia de los de Agrigento (a. de R. 346), luego contra Dionisio el mayor, más tarde contra Agatocles, y cada vez que lo exigieron sus encarnizadas guerras por espacio de doscientos años, ora para terciar en las querellas interiores de las opulentas ciudades sicilianas, ora para cimentar allí su preponderancia militar y marítima á despecho de los atenienses de Alcibíades, de los epirotas de Pirro y de los romanos de Régulo, que sucesivamente la retaron en aquel famoso palenque. Semi-desnudos los honderos Baleares, con su división de trescientos, quinientos y á lo más setecientos tiradores, espantaron y desbarataron los más aguerridos ejércitos del mundo como manadas de ovejas; y es por demás encarecer con qué blandura y miramiento dejaría sentirse la autoridad colonizadora sobre un país de que sacaba tan leales y provechosos auxiliares. Ocasión hubo, sin embargo, en el calor de la primera guerra púnica (a. de R. 502) en que agraviados los isleños pasaron á cuchillo la guarnición de sus dominadores y arrojaron del puerto la flota á pesar de ensoberbecida por su reciente victoria sobre la romana: vino empero á sosegarlos con destreza y esfuerzo Amílcar Barchino, de quien con este motivo es fama haber nacido en el islote de Tricuada el grande Aníbal. Ignórase si reconocían por paisano suyo al héroe los ya célebres honderos que le acompañaron en la más asombrosa expedición de la antigüedad al través de los Pirineos, de los Alpes y del Apenino, coadyuvando al triunfo con sus bruscos ataques á orillas del Trebia y del lago Trasimeno: verdad es que al propio tiempo otro numeroso cuerpo

insular servía de rehenes en África para mayor seguridad con achaque de hacer la guardia á la suspicaz metrópoli. Así se explica como diez ó doce años después, mejorada por los Escipiones la fortuna de Roma, se inclinaran ante él las Baleares como la mayor parte de España, y que Magón, el hermano de Aníbal, ya que no pudo castigar la desertión de Mallorca, invernara en Menorca sin resistencia (a. de R. 549) y enviase á Cartago una leva de dos mil hombres, quizá los mismos que el otro año en los campos de Zama sucumbieron en un lago de sangre, mal sostenidos por los propios africanos, no diré víctimas de ejemplar lealtad, pero sí de loable disciplina.

Este fué el postrer homenaje tributado por la menor Balear á la dominación cartaginesa, de que no fué menester la emancipación ni tratado alguno: tampoco se apresuró á reemplazarla Roma á título de aliada ni de señora, hasta que organizada en gobiernos Citerior y Ulterior la península, y terminadas las peligrosas guerras de Viriato y de Numancia, emprendió oportunamente la reducción de las islas so pretexto de limpiar los mares de los piratas guarecidos en sus costas. Llegó en persona Quinto Cecilio Metelo cónsul aquel año (631 de R.), apercebidas con gruesos cueros las naves para recibir la lluvia de proyectiles que era de aguardar; y los habitantes, que habían acudido y aun embarcádose en sus mal pertrechados buques al encuentro del enemigo contando con la segura presa, dispersáronse con gran clamoreo por la ribera y se metieron por los montes, á donde hubo necesidad de seguirlos á fin de domarlos, no sin gran matanza, hay quien añade: hazaña de la cual no reputó indigno el conquistador tomar el título de *Baledrico*, como su padre el de *Macedónico*, como el mismo Escipión el de *Africano*. Bastaría este acto, de que fué teatro probablemente Mallorca, para someter desde luego la vecina sin más aparato de fuerza: tan poco le costó á la ciudad del Tíber un posesorio que había de conservar por espacio de cinco siglos y medio. Erigidas en municipios romanos las poblaciones cartaginesas,

bajo el régimen de la república por algún tiempo, bajo el imperial después, tuvieron Mago y Jama sus ediles y sus duumviros y sus flámenes y augures, y cundió la vanidad de perpetuar en lápidas estos honores, y mejor que á los groseros pedruscos confiaron las familias á esculpidas letras la fúnebre memoria de los suyos (a): de las pocas inscripciones que sobreviven, una ha salido del fondo del puerto de Ciudadela dedicada á la Luna (b), otra se refiere á un templo de la *gran Madre* en Mahón (c), otra para adular al indigno emperador Caracala (año 214 de la era cristiana) traza la serie de sus ilustres antecesores (d); varias toscamente labradas en las rocas de Calascovas término de Alayor, cuyas cuevas artificiales indican haber sido habitadas por un pueblo primitivo, dan motivo á conjeturar en ellas algún uso desconocido ó anual concurrencia de gentes por el mes de Abril con ocasión de romería ó feria en tiempos muy posteriores (e).

Durante las formidables guerras civiles de que fué palestra el orbe sometido, vengándole de la opresión de sus avasalladores, apenas dejaron sentirse en las pequeñas bien que céntricas

(a) De las diez y nueve lápidas halladas en Menorca que trae Hübner, muchas hay colocadas por pedestales en la Casa Consistorial de Mahón, varias hacen memoria del municipio *Magontano* y una del *Jamontano* según la lectura que se adopte: suenan los nombres de *L. Fabio* y de *Fabul-lo*, de *L. Cornelio Sátur* y de *Q.* su hijo en el monumento puesto á su suegro y abuelo respectivo *Q. Cornelio*, y repetidos en cuatro inscripciones los de *Cecilio Philistio* y de su esposa *Julia Severa*, y en tres los de aquel *Mecio Meciano* que *ob æternitatem honorum suorum memorix* las colocó.

(b) Dice así: LUNÆ—C. JULIUS—FLAVIS—MILES—V. S. L. M. Fué descubierta en 1859, y tal como se me comunicó la remití al insigne Hübner.

(c) M. BADIUS HONOR.—ET CORNELIUS SILV.—TEMPLUM MATRI MAG.—ATTIN. DE S. P.

(d) No la transcribo por lo prolija, pues remonta la ascendencia hasta Nerva: hallóse en 1862 en Mahón en una casa del Puente del Castillo.

(e) Tráelas Hübner en número de siete, bastante incompletas, y por el año del consulado que en tres de ellas se trasluce corresponden á los años de la era Cristiana 134, 150 y 214. En la visita repetida por el distinguido arqueólogo á las Baleares en 1888, completó y aumentó con otras dos las inscripciones de Calascovas, publicándolas con algún novísimo hallazgo en el Boletín de la Academia de la Historia en el cuaderno de Diciembre de dicho año.

Baleares los conflictos y vicisitudes de los partidos; y para las extranjeras emprendidas en el primer período del Imperio hacia las fronteras del norte y del oriente, no figuran reclutados como mercenarios ni como súbditos los isleños. La honda vino á parar en recuerdo histórico ó en tema poético desde que cesó de ser arma exclusiva de los que tan famosa la habían hecho, apelando para combatir de cerca al lanzón corto y embrazando con la otra mano el escudo. Con el sosiego adelantaría por un lado la agricultura, por el otro la navegación, el comercio y las artes todas de la paz; y sobre las bárbaras costumbres á que en la edad de Augusto se refería como si fueran de actualidad Diodoro Sículo, á vista de sus imponentes y rudos monumentos, enteros aún y no en completo desuso, iba prevaleciendo la cultura romana con su sonoro idioma y sus monedas y medallas de toda clase y tiempo, y á ella se sobrepuso con la rápida difusión del cristianismo otra superior cultura en los espíritus, regenerando esencialmente la sociedad y formando en tan reducido país una grey bastante crecida para instituir, no se sabe cuándo, pastor propio. Un precioso documento cabalmente nos revela la historia íntima de Menorca á principios del siglo v en los días que el Imperio agonizaba.

Hallábase en Mahón procedente de Jerusalén y de paso para el África, ya que para España se lo cerraban los trastornos, un venerable sacerdote (a), portador de las reliquias de san Esteban recién descubiertas, que depositó en una iglesia suburbana. Suscitáronse con eso contiendas y escandeciéronse los ánimos entre cristianos y judíos, los cuales eran allí prepotentes, coincidiendo con las disidencias religiosas las de pueblo

(a) Era éste al parecer nada menos que el célebre Paulo Orosio, presbítero de Tarragona ó de Braga, enviado tres años antes por san Agustín á Jerusalén para consultar á san Jerónimo acerca del origen del alma, y el primero, según Genadio, que trajo á Occidente las reliquias del protomártir. Escribió en siete libros la historia general desde la creación del mundo y varias obras de polémica contra los herejes de su tiempo.

á pueblo, pues del de Jammona, católico en su totalidad hasta el punto de jactarse de que era mortífero su clima á los hebreos ni más ni menos que á los lobos y zorras y de que bajo su influencia perdían los escorpiones y culebras su ponzoña, se trasladaron en masa al de Mahón, salvando la distancia de treinta mil pasos que los separa, innumerables vecinos con el obispo Severo á su frente, que entre ellos residía teniendo la isla por diócesis. Como si hubiera de remitirse el éxito al trance de una batalla, hacíanse aprestos de armas y defensa por ambas partes; y á pesar de las esperanzas de los israelitas puestas en la autoridad y poder de Teodoro, no sólo su jefe principal sino patrono del municipio, vuelto por aquellos días de Mallorca, acopiaron piedras y dardos y lanzas, y animáronse á perder sus vidas en defensa de la ley á ejemplo de los Macabeos, por si intentaran los cristianos con celo harto belicoso imponer la unidad de fe y convertirlos á viva fuerza. Referíanse y comentábanse misteriosos ensueños como anuncio de lo que iba á suceder. El buen prelado, cuya es la minuciosa relación del hecho (a), se esforzaba por llevar á buen término el negocio, invitándolos á reunirse donde quisieran en lugar público; y echándoles en cara sus ocultos armamentos, acompañólos desde su posada hasta la sinagoga, mezclados unos con otros en procesión cantando salmos; bastaron empero unas cuantas piedras arrojadas á los fieles por procaces mujercillas, para suscitar tal conflagración, que en un momento ardió con su mueblaje el edificio, no salvándose sino los libros y la plata: ni una gota de sangre ni un robo manchó aquel acto de confiscación popular, consumado el cual, marchó al templo la muchedumbre á dar gracias á Dios por el triunfo de su santa causa. Al despojo no

(a) Esta carta de Severo dirigida á los obispos de toda la cristiandad, á la cual se refieren testimonios coetáneos, la publicó en sus *Anales* el cardenal Baronio copiándola de un códice del Vaticano, y Dameto la inserta y la traduce. Sobre ella dió á luz en 1787 un excelente opúsculo latino, comentándola y vindicando sólidamente su autenticidad, el erudito Dr. Antonio Roig natural de Mahón y rector de Felanig.

siguió la persecución, antes bien un eficaz empeño en reducir á los obstinados: *cree en Dios, Teodoro!* le clamaban á una voz cuando más protervo se mostraba en medio de su derruida escuela; pero los suyos, entendiendo mal, dieron por hecho ya lo que como exhortación se enunciaba, y dispersáronse atónitos con la supuesta apostasía del jefe. Vióse éste abandonado, confuso, y en vez de los rugidos del soñado león monjes que pacíficamente cantaban, y en vez de amenazas y peligros por parte de los cristianos, paz y honores con que le brindaban por boca del ya convertido Ruben; y pidió el bautismo, y á los tres días lo recibió, rodeado de abrazos, caricias y distinciones. Tras de él se bautizaron muchos; el pánico se disipó, volvieron de los bosques y de las cuevas los fugitivos, tales como Melecio hermano de Teodoro, é Inocencio escapado con su opulenta familia de las perturbaciones de España; y después de violenta lucha entre sí y consigo mismos, ellos y sus esposas, hija la una del conde Lectorio que había gobernado las Baleares, juntamente con la mujer del caudillo y con su madre á su regreso de Mallorca, unos por asegurar la vida temporal según ingenuamente confesó el joven Galileo, otros por convicción plenísima cual de acuerdo con su hermano Florino declaró en la asamblea Ceciliano, sólo inferior á Teodoro en consideración pública, todos en número de quinientos cuarenta abrazaron la fe de Cristo (a). Globo de blanca y rutilante luz posado sobre

(a) Ciento y dos años de edad, dice la epístola, contaba uno de los convertidos. Asombra la preponderancia social y hasta el poder á que llegaron en Mahón los judíos, de lo cual sea acaso confirmación el notable mosaico descubierto por el mes de Enero de 1888 en la isleta del puerto denominada *del Rey*, si en el informe prometido por la Academia de la Historia, que en el precitado cuaderno de su Boletín publicó de aquel un amplio diseño, insiste en creerlo, como indica, de procedencia hebraica por su semejanza con el de la antiquísima sinagoga de Hammam Lif cerca de Cartago, considerándolo alusivo á los días de la Creación, y observando que las aves, cuadrúpedos y reptiles allí representados son la mayor parte indígenas del continente africano. El informe no ha salido á luz todavía; en cambio el mosaico, según noticias, padece y se deteriora expuesto á la lluvia, sin responsabilidad por parte de la Comisión provincial de monumentos, cuyas competentes atribuciones no han sido al efecto atendidas.

la iglesia donde se custodiaban las reliquias (a), lluvia dulce como el maná y otros prodigios menores acompañaron al soberano prodigio de la gracia; y después de ocho días de consue- los inefables, del 2 al 9 de Febrero del año 418, antes de em- puzar la cuaresma, tomó otra vez el camino de Jammona con su fiel comitiva el alborozado Severo, recobrada una porción tan importante de su diócesis casi sumergida en el judaísmo, mien- tras para erigir una basílica sobre las ruinas de la sinagoga acarreaban piedra los convertidos.

Con harto menos pormenores pudiéramos contentarnos re- lativos á la gran catástrofe que ocho años después, en 426, acabó en las Baleares con el pacífico poder romano, y las en- entregó á la devastación y saqueo de los vándalos, quienes al esta- blecer en África su señorío, hicieron de ellas una provincia con las grandes islas italianas Córcega, Cerdeña y Sicilia. De Me- norca nada se sabe bajo aquella dura servidumbre sino que continuó la silla episcopal, no dependiente de metrópoli espa- ñola sino de la de Cerdeña, acaso por la inmemorial unidad de raza y de costumbres que mediaba entre ambas islas; Macario se llamaba el obispo que, juntamente con los de Mallorca é Ibiza, pareció en Febrero de 484 á dar razón de su fe en Carta- go, corte del arriano rey Hunnerico. La Iglesia velaba por el sostenimiento del catolicismo contra la herejía dominante, y á falta de otro gobierno organizado templaba el despotismo de los bárbaros opresores. Á una conquista sucedió otra al cabo de poco más de una centuria hacia el 534, hecha por Belisario sin llevar allí sus armas probablemente, sino incorporada con los demás dominios de la monarquía africana al imperio de Cons- tantinopla: de cada vez era más poderoso y más lejano el dueño de la pequeña posesión, y de mayor descuido y abandono era

(a) Hallábase á la salida del pueblo esta iglesia, que no sería la única ni la principal de Mahón, tal vez junto á la cala que retiene con un predio inmediato el nombre de San Esteban, no lejos de Villa-Carlos, pero fuera del puerto.

ésta objeto en proporción de su insignificancia. Apéndice de Mallorca por lo común, no logra poco cada vez que se la nom- bra aparte, como lo hacen los cronicones de los reyes de Astu- rias respecto de las invasiones de los normandos á mediados del siglo IX, y á fines del mismo unas bulas pontificias que someten una y otra expresamente al obispo de Gerona (a). Durante la dominación sarracena, que no puede fijamente determinarse cuándo en ellas empezó, se las llama siempre en anales y en tratados las islas ó las Baleares de mancomún, excepto en la expedición de los pisanos en que para nada suena Menorca. Es probable que durante el siglo XII formara parte del reino mallorquín de los Aben-Ganyas, y que al destruirlo á principios del siguiente los Almohades, siguiese subordinada á la autori- dad de Abu Yahya instituido walí por ellos en la isla mayor, cuya desventurada suerte evitó discretamente, absteniéndose de entrar en lucha con el denodado rey de Aragón.

Said-ben-Alhakem Abu Otman-el Koraisi, ilustre como lite- rato (b), se llamaba el almojarife que en medio de aquellas perturbaciones logró erigirse en verdadero jefe de la isla, y que al presentarse en Ciudadela las tres galeras armadas exigiendo obediencia de parte del conquistador de Mallorca, tomó no poca parte en el buen despacho de la embajada (c). Apoyábala con alardes de belicosa fuerza desde la fronteriza costa mallorquina el joven monarca, simulando con innumerables fogatas en Cap- de-pera un formidable campamento; y complacíase más tarde

(a) Véanse atrás las notas de la pág. 26.

(b) Á las noticias dadas acerca de él por Almakkarí (v. nota a, pág. 134) acaba de añadir otras más extensas el aventajado arabista Sr. Codera en el Boletín de la Academia de la Historia correspondiente al junio del corriente año 1890: las bio- grafías le hacen unas natural de Tavira, otras de Talavera, y de Sevilla la crónica del Rey, la cual llamándole siempre almojarife no permite confundirle como Pi- ferrer con el hermano del alcaide, ni con el cargo de éste su cargo como se me deslizó al principio de dicha nota.

(c) Eran los embajadores Bernardo de Santa Eugenia, Asaldo de Gudal y el comendador del Temple Ramón de Serra el mozo con sus respectivas galeras. Hace suyo Piferrer el interesante relato de la Crónica pág. 133 y sig.